

la vacía con la agua caliente; asenté las navajas y le di una zurra de raspadas y tajos que el infeliz, no pudiendo sufrir mi áspera mano, se levantó diciendo: — *Amoquale quistiano, amoquale*: — que fué como decirme en castellano: «no me cuadra tu modo, señor, no me cuadra.» Ello es que él dió el medio real y se fué también medio rapado.

Todavía no contento con estas tan malas pruebas, me atreví á sacarle una muela á una vieja que entró á la tienda rabiando de un fuerte dolor y en solicitud de mi maestro; pero como era resuelto, la hice sentar y que entregara la cabeza al aprendiz para que se la tuviera.

Hizo éste muy bien su oficio: abrió la cuitada vieja su desierta boca después de haberme mostrado la muela que le dolía; tomé el descarnador y comencé á cortarla trozos de encía alegremente.

La miserable, al verse tasajear tan seguido y con una porcelana de sangre delante, me decía: — Maestrito, por Dios, ¿hasta cuándo acaba usted de descarnar? — No tenga usted cuidado, señora, le decía yo; haga una poca de paciencia, ya le falta poco de la quijada.

En fin, así que le corté tanta carne cuanto bastó para que almorzara el gato de casa, le afiancé el hueso con el respectivo instrumento, y le di un estirón tan fuerte y mal dado, que le quebré la muela lastimándole terriblemente la quijada.

— ¡Ay, Jesús! exclamó la triste vieja, ya me arrancó usted las quijadas, maestro del diablo. — No hable usted, señora, le dije, que se le meterá el aire y le corromperá la mandíbula. — ¡Qué *malíbula* ni qué demonios! decía la pobre.... ¡Ay, Jesús! ¡ay! ¡ay! ¡ay!... — Ya está, señora, decía yo, abra usted la boca, acabaremos de sacar el raigón, ¿no ve que es muela matriculada? — Matriculado esté usted en el infierno, *chambón*, indigno, condenado, decía la pobre.

Yo, sin hacer caso de sus injurias, le decía: — Ande, nanita, siéntese y abra la boca, acabaremos de sacar ese hueso maldito; vea usted que un dolor quita muchos. Ande usted aunque no me pague. — Vaya usted mucho noramala, dijo la anciana, y sáquele otra muela ó cuantas tenga á la grandísima borracha que lo parió. No tienen la culpa estos raspadores cochinos, sino quien se pone en sus manos. — Prosiguiendo en estos elogios se salió para la calle sin querer ni volver á ver el lugar del sacrificio.

Yo algo me compadecí de su dolor, y el muchacho no dejó de reprenderme mi determinación atolondrada; porque cada rato decía: — ¡Pobre señora! ¡qué dolor tendría! y lo peor que si se lo dice al maestro ¿qué dirá? — Diga lo que dijere, le respondí; yo lo hago por ayudarle á buscar el pan; fuera de que así se aprende, haciendo pruebas y ensayándose. — A la maestra le dije que

habían sido monadas de la vieja; que tenía la muela matriculada y no se la pude arrancar al primer tirón, cosa que al mejor le sucede.

Con esto se dieron todos por satisfechos y yo seguí haciendo mis diabluras, las que me pagaban ó con dinero ó con desvergüenzas.

Cuatro meses y medio permanecí con don Agustín, y fué mucho, según lo variable de mi genio. Es verdad que en esta dilación tuvo parte el miedo que tenía á Chanfaina, y el no encontrar mejor asilo, pues en aquella casa comía, bebía y era tratado con una estimación respetuosa de parte del maestro. De suerte que yo ni hacía mandados ni cosa más útil que estar cuidando la barbería y haciendo mis fechorías cada vez que tenía proporción; porque yo era un aprendiz de honor, y tan consentido y hobachón, que aunque sin camisa, no me faltaba quién envidiara mi fortuna. Éste era Andrés, el aprendiz, quien un día que estábamos los dos conversando en espera de marchante que quisiera ensayarse á mártir, me dijo: — Señor, ¡quién fuera como usted! — ¿Por qué, Andrés? le pregunté. — Porque ya usted es hombre grande, dueño de su voluntad y no tiene quién lo mande; y no yo, que tengo tantos que me regañen, y no sé lo que es tener medio en la bolsa. — Pero así que acabes de aprender el oficio, le dije, tendrás dinero y serás dueño de tu voluntad.

— ¡Qué verde está eso! decía Andrés: ya llevo aquí dos años de aprendiz y no sé nada. — ¿Cómo nada, hombre? le pregunté muy admirado. — Así, nada, me contestó. Ahora que está usted en casa he aprendido algo. — ¿Y qué has aprendido? le pregunté. — He aprendido, respondió el gran bellaco, á afeitar perros, desollar indios y desquijarar viejas, que no es poco. Dios se lo pague á usted que me lo ha enseñado. — ¿Pues y qué, tu maestro no te ha enseñado nada en dos años?

— ¡Qué me ha de enseñar! decía Andrés. Todo el día se me va en hacer mandados aquí y en casa de doña Tulitas, la hija de mi maestro; y allí *pior*, porque me hacen cargar el niño, lavar los pañales, ir á la pulquería, fregar toditos los trastes y aguantar cuantas calillas quieren, y con esto ¿qué he de aprender del oficio? Apenas sé llevar la vacía y el escalfador cuando me lleva consigo mi amo, digo, mi maestro; me turbé. A fe que don Plácido, el hojalatero que vive junto á la casa de mi madre grande, ese sí que es maestro de cajeta; porque afuera de que no es muy demasiado regañón, ni les pega á sus aprendices, los enseña con mucho cariño y les da sus medios muy buenos así que hacen una cosa en su lugar; pero eso de mandados ¡cuándo, ni por un pienso! Sobre que apenas los envía á traer medio de cigarros, *contímás* manteca, ni chiles, ni pulque, ni carbón, ni

nada como acá. Con esto *orita orita* aprenden los muchachos el oficio.

— Tú hablas mal, le dije, pero dices bien. No deben ser los maestros amos, sino enseñadores de los muchachos; ni éstos deben ser criados ó *pilguanejos* de ellos, sino legítimos aprendices; aunque así por la enseñanza como por los alimentos que les dan, pueden mandarlos y servirse de ellos en aquellas horas en que estén fuera de la oficina y en aquellas cosas proporcionadas á las fuerzas, educación y principios de cada uno. Así lo oía yo decir varias veces á mi difunto padre, que en paz descansa. Pero dime: ¿qué, estás aquí con escritura?

— Sí, señor, me respondió Andrés, y ya cuento dos años de aprendiz, y vamos corriendo para tres, y no se da modo ni manera el maestro de enseñarme nada.— Pues entonces, le dije, si la escritura es por cuatro años, ¿cómo aprenderás en el último, si se pasa como se han pasado los tres que llevas? — Eso *mesmo* digo yo, decía Andrés; me sucederá lo que sucedió á mi hermano Policarpo con el maestro Marianito, el sastre.— ¿Pues qué le sucedió? — ¿Qué? que se llevó los tres años de aprendiz en hacer mandados como *ora* yo, y en el cuarto *izque* quería el maestro enseñarle todo el oficio de á tiro, y mi hermano no lo podía aprender, y el maestro se lo llevaba el diablo de coraje, y le echaba cuarta al *probe* de mi hermano á manta de Dios, hasta que el *probe* se aburrió

y se *juyó*, y ésta es la *ora* que no hemos vuelto á saber dél: y tan bueno que era el *probe*, pero ¿cómo había de salir sastre en un año, y eso haciendo mandados y con tantísimo día de fiesta, señor, como tiene el año? Y *asina* yo pienso que el maestro de acá tiene trazas de hacer lo *mesmo* conmigo. <sup>1</sup>

— ¿Pero por qué no aprendiste tú á sastre? pregunté á Andrés. Y éste me dijo: — ¡Ay, señor! ¿sastre? se enferman del pulmón.— ¿Y á hojalatero? — No, señor; por no ver que se corta uno con la hoja de lata y se quema con los fierros.— ¿Y á carpintero, por qué no? — ¡Ay! no; porque se lastima mucho el pecho.— ¿Y á carroceros ó herreros? — No lo permita Dios, si parecen diablos cuando están junto á la fragua aporreando el fierro.— Pues, hijo de mi alma; Pedro Sarmiento; hermano de mi corazón, le dije á Andrés levantándome del asiento; tú eres mi hermano, tatita, sí, tú eres mi hermano; somos mellizos ó *cuates*; dame un abrazo.

<sup>1</sup> En el día con gran dolor vemos lo poco usado de esta loable práctica de recibir aprendices con escritura; pero cuando estaba en uso se recibían los aprendices bajo las obligaciones y condiciones siguientes: el maestro se obligaba á enseñar al aprendiz su oficio sin ocultarle nada, dentro de un tiempo determinado, que regularmente eran cuatro años, pudiendo á este efecto castigarle con prudencia y moderación sin herirlo ni lastimarlo gravemente; á darle alimentos, ropa limpia y cama; á que si no estuvo hábil en el dicho tiempo, pagar á otro maestro de la misma profesión ó arte el trabajo de enseñarlo; y si esto no quería, á tener en su casa al aprendiz en clase de oficial pagándole salario de tal todos los días. El otorgante padre, pariente, etc., del aprendiz, se obligaba á que éste había de servir dicho tiempo, no sólo en lo concerniente al oficio, sino en lo que se le ofreciera á su maestro, siendo cosa decente y no impidiéndole el tiempo de aprender. Estas y otras condiciones igualmente justas, pueden verse en el *Febrero* ilustrado, por don Marcos Gutiérrez, part. I, t. II, cap. 26.

Desde hoy te debo amar y te amo más que antes, porque miro en tí el retrato de mi modo de pensar; pero tan parecido que se equivoca con el prototipo, si ya no es que nos identificamos tú y yo.

—¿Por qué son tantos abrazos, señor Pedrito?— preguntaba Andrés muy azorado; ¿por qué me dice tantas cosas que yo no entiendo?—Hermano Andrés, le respondí, porque tú piensas lo mismo que yo, y eres tan flojo como el hijo de mi madre. Á tí no te acomodan los oficios por las penalidades que traen anexas, ni te gusta servir porque regañan los amos; pero sí te gusta comer, beber, pasear y tener dinero con poco ó ningún trabajo. Pues, tatita,<sup>1</sup> lo mismo pasa por mí; de modo que, como dice el refrán, Dios los cría y ellos se juntan. Ya verás si tengo razón demasiada para quererte.

—Eso es decir, repuso Andrés, que usted es un flojo y yo también. —Adivinaste, muchacho, le contesté, adivinaste. ¿Ves cómo en todo mereces que yo te quiera y te reconozca por mi hermano?—Pues si sólo por eso lo hace, dijo Andresillo, muchos hermanos debe usted tener en el mundo, porque hay muchos flojos de nuestro mismo gusto; pero sepa usted que á mí lo que me hace no es el oficio, sino dos cosas: la una, que no me lo enseñan, y la otra, el genio que tiene la maldita vieja

<sup>1</sup> *Tatita*, diminutivo de *Tata*, que entre la gente vulgar se sustituye al nombre de *padre*, como el de *nana* al de *madre*; así como entre la gente decente se dice: *Papá*, *Mamá*. E.

de la maestra; que si eso no fuera, yo estuviera contento en la casa, porque el maestro no puede ser mejor.

—Así es, dije yo. Es la vieja el mismo diablo, y su genio es enteramente opuesto al de don Agustín; pues éste es prudente, liberal y atento; y la vieja condenada es majadera, regañona y mezquina como Judas. Ya se ve, ¿qué cosa buena ha de hacer con su cara de sábana encarrujada y su boca de chancleta?<sup>1</sup>

Hemos de advertir que la casa era una accesoría con un altito, de éstas que llaman de taza y plato,<sup>2</sup> y nosotros no habíamos atendido á que la dicha maestra nos escuchaba, como nos escuchó toda la conversación, hasta que yo comencé á loarla en los términos que van referidos, é irritada justamente contra mí, cogió con todo silencio una olla de agua hirviendo que tenía en el brasero, y me la volcó á plomo en la cabeza, diciéndome:—¡Pues maldito, mal agradecido, fuera de mi casa, que yo no quiero en ella arrimados que vengan á hablar de mí!

No sé si habló algo más porque quedé sordo y ciego del dolor y de la cólera. Andrés, temiendo otro baño

<sup>1</sup> Esta voz es en castellano sinónima de *chinela*, pero entre nosotros significa el zapato que por viejo ó de intento tiene doblado para adentro el talón, con cuyo motivo hace un ruido desagradable al andar con él. E.

<sup>2</sup> Esta locución tuvo origen de que pidiéndose una poca de agua en el cuarto ó accesoría de la gente muy pobre, se daba en un jarro de barro común; pero los que siendo algo más acomodados vivían en estas accesorias con su altito, presentaban el agua en una taza poblana sobre un plato, porque el precio alto de los vasos de cristal en aquella época remota no estaba al alcance sino de los ricos y gente bien acomodada. E.